

OPERIS PERSONAE

Por José Rojas Garcidueñas

No fue Francisco de la Maza investigador y estudioso de un tema único ni de solo un género de asuntos; la pluralidad de los que atrajeron su interés está bien expuesta en los diversos estudios que a su labor consagran las páginas de este número de los *Anales* de nuestro Instituto; pero, al mismo tiempo, es obvio que Francisco de la Maza dedicó gran parte de su tarea de investigador a estudiar, conocer y revelar personajes, ideas y monumentos del siglo xvii de la Nueva España.

En cuanto a las ideas, uno de sus más perspicaces y bien logrados trabajos es *El guadalupanismo mexicano*.¹ Respecto a las obras de arte del siglo xvii, muchos son los estudios que De la Maza les dedicó; entre ellos el más completo, sin duda, es el que escribió acerca de Cristóbal de Villalpando y su obra pictórica, libro que considero de los mejores de su autor. Por lo que toca a personajes de aquella época, De la Maza se ocupó de muchos: desde Enrico Martínez, nacido en pleno siglo xvi pero cuyo *Reportorio de los tiempos* está fechado ya en los comienzos del xvii, hasta el citado Villalpando, que muere ya entrado el siguiente siglo, pasando por otras figuras diversamente notorias, como el ilustre obispo Palafox y Mendoza, el erudito barroco Sigüenza y Góngora, la china Catarina de San Juan, los hagiógrafos que él llamó "los evangelistas de Guadalupe" (Miguel Sánchez, Luis Lasso de la Vega, Luis Becerra Tanco y Francisco de Florencia) y varios más, muchos son, como dije, los personajes diecisietescos sobre los cuales escribió, pero sobre todo y sobre todos, muy especial y fervorosamente investigó y escribió en torno y acerca de Sor Juana Inés de la Cruz.

El siglo xvii de la Nueva España, repito, fue el tema general que más amplia y reiteradamente investigó. Sor Juana, con mucho la figura más excelsa y luminosa de aquella época, fue el sujeto de investigación y estudio que más largamente trató De la Maza: su ambiente, su iconografía, su obra, sobre todo su propia persona.

El convento, ambiente y condición de la vida de Sor Juana, fue asunto que le llevó a De la Maza muchísimo tiempo, grandes afanes y múltiples esfuerzos: desde unas paginitas iniciales, allá por el año de 1941, hasta muy arduas pesquisas, fastidiosas gestiones, alegatos, trámites

¹ Francisco de la Maza. *El guadalupanismo mexicano*. Col. México y lo Mexicano, vol. 17, Porrúa y Obregón, S. A., México, 1953.

administrativos etcétera, que declinaban, indefectiblemente, en airadas protestas, domésticos berrinches, epístolas agresivas y muchas veces en acibarados artículos periodísticos; pero tales esfuerzos y agitaciones también produjeron a Paco algunas satisfacciones muy legítimas (nunca o difícilmente confesadas por él), como el haber logrado la hermosa restauración de los coros alto y bajo de la iglesia de San Jerónimo donde, como Paco no se cansaba de repetir, Sor Juana vivió la mayor parte de su tiempo y donde reposa el polvo de su transitorio ser terrenal.

Sobre la iconografía de la monja también escribió bastante y asimismo hizo gestiones y luchó tenazmente hasta conseguir, como lo obtuvo, éxito feliz al rescatar y salvar el que consideró, con fundadas razones, el probablemente más auténtico y, por lo mismo, más importante retrato de Sor Juana.

En torno a la obra de la Décima Musa escribió, discutió, armó polémicas (inclusive conmigo) y, a su muerte, dejó casi definitivamente preparados los originales de un libro que intituló —y creo que ese título debe mantenerse cuando se publique—, *Fama póstuma de Sor Juana Inés de la Cruz*, que reúne varios cientos de páginas de crítica sobre la producción literaria de nuestra monja poetisa: desde los prólogos a las primeras ediciones de sus obras, a fines del siglo xvii y primeros años del xviii, hasta lo que acerca de ella opinaron diversos tratadistas de literatura, mexicanos o de otras partes, a lo largo del siglo pasado.

En cuanto a la persona misma de Sor Juana, ésa es cuestión que conviene tratar aparte, en párrafos subsecuentes, pues lo que aquí yo quiero apuntar, más concreta y particularmente, aunque en líneas escasas, es el profundísimo interés de Paco de la Maza por Sor Juana Inés de la Cruz, no tanto como poetisa sino por ella en sí misma, es decir, por su personalidad viva y humana, y es lástima que no puedan trasladarse aquí citas, que serían largas, para mostrar lo que, estudiado de cerca, me parece bien perceptible: cómo, en sucesivos artículos, conferencias, estudios, ese interés fue calando en hondura, acendrándose anímicamente en Paco, a lo largo de treinta largos años.

Llevaba ya mucho más de la mitad de ese camino andado cuando encontró y en seguida le cautivó —quizá en exceso como solía acontecerle en diversos desmedidos entusiasmos— el libro de Ludwig Pfandl, *La Décima Musa de México*,² a cuya traducción castellana puso un

² Ludwig Pfandl. *Sor Juana Inés de la Cruz. La Décima Musa de México*. Traducción de J. A. Ortega y Medina. Edición y prólogo de Francisco de la Maza. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1963.

prólogo, que es un estudio sumamente importante pese a sus contadas páginas. Allí dice, refiriéndose a Juana Inés: "...ésta, no ya olvidada poetisa, sino mal estudiada mujer de carne y hueso...", pues De la Maza juzga que lo más urgente es que "Hay que acercarse a Sor Juana y verla sin tocas, sin escudo pectoral, sin mangas perdidas, sin el magno rosario envolvente...", y, por eso mismo, el *grandísimo mérito* de Pfandl, para su prologuista, es que "Sor Juana Inés de la Cruz queda, después de este libro, más mujer y menos monja: más humana y menos misteriosa..."³

Pero, ¿de veras menos misteriosa? Así le parecía, a Paco, cuando escribió aquellas líneas: no en 1962, fecha que aparece al pie de las mismas y que corresponde al tiempo de ser entregado el libro para entrar a prensas, sino antes, en la versión primera o borrador del prólogo, cuando De la Maza estaba cautivado por la lectura de la traducción que acababa de leer completa por primera vez. Más tarde ya no afirmaba tan rotundamente lo mismo, aunque siguiera admirando y aceptando, en su mayor parte, las hipótesis de Pfandl. A pesar de eso, Paco sabía y sentía que Sor Juana seguía siendo una mujer misteriosa, de vida íntima patética, oprimida por las condiciones de su tiempo y de su ambiente con sus múltiples derivaciones e implicaciones, que sin duda serían más o menos variables al correr de los años. Y todo eso, en parte averiguado por la lectura y la reflexión, en parte adivinado o intuitivo, era lo que le fascinaba y lo acercaba a "su personaje"; porque él, Paco, como tantos de nuestra época, hacía suyo y afirmaba el principio orteguiano, el "yo soy yo y mi circunstancia" y de ahí su afán de ahondar, perfilar, precisar, ver y revivir la circunstancia de su personaje, cuando éste fue siendo la expresión de su yo.

Por otra parte, es evidente que De la Maza, como todos los escritores, buscó muchas veces, no diré que siempre, en sus temas o asuntos, la expresión de su propio yo, hasta donde pudo hacerlo. Búsqueda de expresión que el escritor tantea y logra, a veces más y a veces menos y casi nunca totalmente; expresión no siempre fácilmente perceptible porque se da en una gama vastísima, por las diferencias enormes que hay, pongamos por caso, entre un poeta lírico y un escritor científico, o sea entre un literato que se mueve y produce libremente en el campo de los géneros subjetivos o los de ficción y el ensayista, historiador o crítico, que hace su obra y "dice lo suyo", pero dentro de los marcos previamente establecidos de su disciplina.

³ *Op. cit.*, pp. viii y ix.

Empero, resultó lógico e inevitable, en el caso de Francisco de la Maza, que cuando sus investigaciones sobre el arte, las ideas, la vida y los personajes del siglo xvii de Nueva España lo llevaban, una y otra vez, frente a Juana Ramírez o de Asbaje o de la Cruz, y de las personas próximas a ella y hasta a sus simples contemporáneos, De la Maza los fue estudiando con más profundidad y ahínco, en cuanto los creía o los sentía más propincuos a él mismo, ya que toda alma humana puede encontrar afinidades y “comprensión” en otra, a pesar de la interposición de siglos y modos de vida.

“Las poesías amorosas de Juana Inés no son sino evasiones...”,⁴ dice De la Maza. Eso no es estrictamente exacto: algunos poemas de Sor Juana sí, indudablemente, no son más que evasiones, pero considerando otros muchos y su obra en general más bien cabría decir que sus escritos fueron compensaciones y explicaciones de sí misma; eso es lo que da a sus poemas vida y temblor humanos y, para lo que ahora nos ocupa, eso fue lo que atrajo tanto a Paco de la Maza quien, por otra parte, en su propia obra o al menos en cierta parte de ella, intentó (no sé decir si alguna vez y en dónde alcanzó) la función compensatoria y explicativa implícita, ya lo dije antes, en la producción de cualquier escritor y de cualquier artista o ser humano que, de algún modo, produzca algo no puramente mecánico y objetivo.

Y si la obra de un escritor puede servir como expresión de otro escritor, que no la ha compuesto pero que la estudia a fondo como tema de su producción crítica, con mucho mayor motivo y posibilidad podrá serlo la personalidad de un artista creador, ya desaparecido, si en su obra o por sus hechos y memorias que podemos conocer y examinar bien, se perciben afinidades, cuyos trazos pueden ser muy intensos y vigorosos, porque entonces puede encontrar, el estudioso que lo investigue, en aquella obra y por lo tanto en aquel autor, que se vuelve personaje de su estudio, que hay manifestaciones compensatorias y explicativas que el investigador o crítico hace suyas, porque valen o acaso superan las que él pudiera dar de sí mismo.

Ésas y similares consideraciones serían, a mi parecer, los motivos y fundamentos de la admiración, la fascinación, llegando hasta, digamos, el “intelectual amor”, la devoción y pasión de Francisco de la Maza por Sor Juana Inés de la Cruz. Devoción y pasión que lo impulsaron no solamente a escribir mucho y bien acerca de la monja jerónima y luego (un matiz que puede parecer sutil pero es trascendente), muchas veces

⁴ *Ibid.*, p. xiii.

más que de la monja jerónima, de la extraordinaria mujer recluida en el convento de San Jerónimo de México. Y, más aún, no solamente a escribir —que era la vocación y profesión de Paco— sino también, como dije, a actuar, a moverse, a agitarse físicamente, haciendo visitas y gestiones personales, idas y vueltas a oficinas administrativas y desde luego, innumerables veces, a la iglesia y lugar que fue el convento donde vivió Sor Juana. Testigo fui, y a veces hasta compañero o acompañante en eso, que por andar en las azoteas de las casas que hoy lo ocupan, averiguando cuánto quedaría reconocible de tal convento, una tarde, ya anochecido, a Paco y a mí nos hicieron huir las destempladas voces de sobresaltadas vecinas gritando que gentes sospechosas andaban entre los tendedores de aquellas azoteas.

Tantas cuartillas y tanto dinamismo de Paco, ¿para qué y por qué? Desde luego, para estudiar, para dar a conocer con exactitud luminosa a la genial poetisa, para restablecer y reivindicar de la incuria y de la destrucción las piedras que enmarcaron su vida y su tránsito, bóvedas y muros que ella vio y sintió en torno suyo, su morada, su física circunstancia; pero, sobre todo, creo yo, por la íntima urgencia de “revivir” para todos nosotros sus lectores, pero sobre todo para sí mismo, por necesidad personal e íntima, porque De la Maza, al revivir su tema y su personaje, lo que hacía era “vivir” expresándose en ellos y por ellos.

¿Cómo no percatarse de que estudiar a la poetisa era una forma de expresión de sí propio? En páginas del citado prólogo dice De la Maza: “Y ese afán de cavilar, síndrome neurótico evidente, nos explica la necesidad de erudición, más que de conocimiento, de Sor Juana, tan admirablemente explicado por Pfandl.” Y más adelante: “Ese aborrecimiento al hombre como macho, que no es sino nostalgia de no haberlo sido, nos da la clave de su masculinidad cerebral —no sexual— y tantos intentos de varonía...”⁵ También Pfandl insiste mucho en el carácter narcisista de Sor Juana, que De la Maza acepta sin restricciones, aunque no duda en hacerlas, severas y tajantes, en otros puntos como por ejemplo a propósito de la que Ludwig Pfandl llama “simbólica castración”, cuando Sor Juana escribe que ha pedido a Dios que “apague la luz de su entendimiento”; allí De la Maza no sólo desiente, sino que claramente deja asentado que “Pfandl es, a veces, demasiado audaz en sus interpretaciones...”⁶

⁵ *Ibid.*, p. xiv.

⁶ *Ibid.*, p. xv.

En otro de sus personajes muy estudiados, el pintor Villalpando, también el análisis cala hondo, hasta donde es posible respecto a individuos de cuya vida no se sabe directamente casi nada y todo hay que deducirlo de sus obras. De él dice De la Maza: "Cristóbal de Villalpando es el artista 'desigual' y desconcertante que, a veces está a la altura del genio y otras a la bajura del artesano... Nunca se está seguro ante Villalpando. Su variable humor, tal vez producto de una neurosis que desconocemos... Es un rebelde y como todo rebelde, desordenado, inquietante, conturbador..."⁷ Al leer esas líneas, quienes tanto le conocimos pudimos preguntarle: "Paco, ¿te referías a Villalpando o te mirabas ante el espejo?"

Claro es que Villalpando le interesa, lo estudia y habla de él no única ni especialmente por su carácter; le interesa porque es un gran artista, como lo es Juana Inés de la Cruz, pues simples neuróticos hay muchos y, por otra parte, De la Maza no fue ni psiquiatra ni novelista sino investigador, historiador y crítico. Muy claramente expone su juicio, muy preciso, en ese que fue su penúltimo libro de gran aliento:

Cristóbal de Villalpando es el más grande pintor barroco de Hispanoamérica, y en cierto momento del Barroco Hispánico. Como Sor Juana Inés de la Cruz, su contemporánea precisa, que llevó, por un momento, el cetro de la literatura hispánica, sin rivales ni competidores, ni paridad alguna, Cristóbal de Villalpando llevó el cetro de la pintura. Y ambos son "desiguales" y rebeldes. Cuando se pintaba la obra magna del Barroco pictórico mexicano en la Sacristía de la Catedral de México, se escribía la obra magna del Barroco literario mexicano con el *Primer Sueño*... Compañeros y "vidas paralelas" fueron Villalpando y Juana Inés de la Cruz y ellos son las glorias máximas del Arte de la Nueva España y, hacia 1690, de todas las Españas.⁸

Bien, pero todo esto, ¿a qué conduce y de todo ello qué se concluye? No lo sé muy bien. Para mí se ha tratado, ante todo, de recordar a un amigo muy querido, de quien mucho podría hablar por el trato mutuo que mantuvimos casi cuarenta años, ¡toda una vida!, pero cuya reciente desaparición me impide encontrar el tono adecuado para hablar de él aquí. Por eso, en las líneas precedentes, no he hecho sino señalar, apuntar, la relación directa, estricta, genética, que veo entre algunos de sus temas como escritor y su propia personalidad. He querido señalar que

⁷ Francisco de la Maza. *El pintor Cristóbal de Villalpando*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1964, p. 243.

⁸ *Ibid.*, pp. 243 y 244.

el afán, que a veces linda con la violencia (otro rasgo de su carácter) de revelar a los personajes que estudia o a los que expresamente se refiere, en sus ensayos de historia o de crítica artística, la vehemencia que pone en mostrar a esas figuras ilustres en su pura e íntima verdad; todo eso corresponde a la necesidad intelectual del autor —De la Maza—, a su anímica urgencia vital de expresarse a sí propio, como creo que efectivamente lo hace.

Personae operis. Persona es máscara. A través de su máscara habla, en el teatro antiguo, el autor, pero a través de la misma máscara habla, esencial y primordialmente, el autor. Por medio de sus personajes, o de sus temas, se expresa, se explica, el escritor.

Sin duda mucho podría o debería añadirse, en este campo, a lo poco y desmadejado que va dicho, pero no me encuentro ni con ánimo ni con tiempo para emprender esa tarea; reitero que solamente he apuntado o señalado lo que, tratando con amplitud y profundidad, sería la epopeya de Francisco de la Maza extraída de su obra escrita.

Su último libro primordial fue el *Antinoo*.⁹ El ejemplar que poseo tiene, en la guarda, esta dedicatoria: *Para José Rojas Garcidueñas este calorama sacro esperando hurgue consecuencias mágicas. Francisco de la Maza.* Conocí el libro mucho antes de ser impreso, lo releí en el ejemplar dedicado, lo comenté largamente con Paco; hoy me sería muy difícil resumir en pocas frases, pláticas que consumieron muchas horas; prefiero terminar repitiendo, más o menos, lo que le dije al ver la dedicatoria citada, empleando medio en broma términos infrecuentes, como solíamos hacerlo tal vez por resabios de la fabla de nuestra época estudiantil: "No hay consecuencias mágicas que hurgar, Paco, todo es obvio; ¡este sacro calorama es, simplemente, tu epifanía, una mágica epifanía!"

⁹ Francisco de la Maza. *Antinoo. El último dios del mundo clásico*. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1966.